



Azorín, Cataluña y el catalanismo

Por Francisco Fuster

Nos figuramos hablar ahora como catalanes. Sus pugnas por la libertad son nuestras pugnas. Las aspiraciones humanas son idénticas en todos los climas. En la región ideal de la justicia –que no reconoce fronteras–, todos los hombres son hermanos. En esa región ideal ha luchado Cataluña, al luchar para sí, por toda España.

AZORÍN, «Todo un pueblo», *Ahora* (9-V-1935)

De Rubén Darío a Miguel de Unamuno, pasando por Azorín o Pío Baroja, fueron varios los escritores e intelectuales de la generación del 98 que sintieron un especial interés por la cultura catalana. En mayor o menor medida, todos vieron en Cataluña una tierra próspera, no sólo desde el punto de vista económico, sino –y sobre todo– desde el punto de vista cultural, pues consideraban que era la puerta de entrada a España de corrientes artísticas francesas y europeas como el naturalismo, el Romanticismo, el simbolismo o el impresionismo. En el caso concreto de Azorín, además, a esa admiración compartida hay que añadir la circunstancia personal de que, durante un importante período de su longeva trayectoria vital, mantuvo un estrecho vínculo profesional con aquella tierra, a través de sus colaboraciones en la prensa catalana, primero en *Diario de Barcelona*, donde escribió durante sus primeros años como periodista; después en el periódico *La Vanguardia*, donde publicó alrededor de doscientos artículos entre 1910 –cuando lo fichó Miquel dels Sants Oliver– y 1918; y, finalmente, en la mítica revista *Destino*, donde también estampó su firma como colaborador destacado durante los años de la posguerra franquista. Desde este punto de vista, pocos intelectuales españoles no nacidos en Cataluña conocieron y ensalzaron tanto el pasado catalán como el autor de *La voluntad*, quien, a la altura de 1931, hacía afirmaciones tan inequívocas como esta: «¡Qué vida tan intensa la de esta nación desde hace siete siglos! La ondulación de la historia de Cataluña es interesante; nada más curioso e instructivo. Seguir las fluctuaciones de la nación catalana desde la Edad Media hasta el presente es contemplar el más bello panorama» (Azorín, *Crisol*, 19-VIII-1931).

Para conocer la evolución del pensamiento azoriniano sobre Cataluña y el catalanismo, lo mejor es hacer un repaso general a la obra periodística de nuestro autor; primero, porque es ahí, en la batalla ideológica del día a día, donde más y mejor se oye la voz del Azorín intelectual; y segundo, porque los más de cinco mil artículos que el escritor de Monóvar publicó en la prensa son, en mi opinión, su contribución más potente y original, en cantidad y en calidad, a la historia de la literatura española contemporánea.

De hecho, y aunque algunas de sus novelas se han convertido, con el paso de las décadas (y de los siglos ya), en auténticos clásicos, si Azorín ha entrado en el canon ha sido, justamente, por sus ensayos de crítica literaria, que no son, en su mayoría, sino recopilaciones de artículos publicados con anterioridad en las volanderas hojas de periódicos y revistas.

Las primeras opiniones de nuestro protagonista sobre el tema que me ocupa datan de una fecha tan temprana como finales del siglo XIX, cuando Azorín ni siquiera existía como tal, porque todavía firmaba sus artículos –textos a veces anarquistas e incendiarios, en las antípodas de lo que después identificaríamos como su estilo– como José Martínez Ruiz o con algún pseudónimo, más o menos pintoresco. A veces, incluso, ni los firmaba. Es el caso de dos artículos que publicó en 1898 en el periódico *El Progreso*, y de otro que salió en la revista *Madrid Cómico* en 1900. El primero es un comentario a propósito de la aparición del primer número de la revista *Catalonia*, en el que Azorín hizo su primer elogio conocido de la joven intelectualidad catalana y del contexto de libertad en el que trabajaba y creaba, en contraste con el ambiente, viciado por la envidia, que se respiraba en el resto de España: «En Castilla no hay juventud literaria, no hay literatura joven; en Cataluña la hay vigorosa, enérgica, decidida. Aquí hay viejos engreídos, soberbios viejos, que miran con desdén al que principia, y hay jóvenes vanidosos, enfáticos, relleno el cerebro de la última revista, prontos a batir palmas ante el más flamante ídolo de la moda» (Azorín, 1972: 145). En el segundo, fechado ocho días después, los elogios eran incluso más contundentes: «Admiro sinceramente la literatura catalana», sentenciaba un jovencísimo Martínez Ruiz. «Hay en Cataluña lo que aquí falta: perseverancia, laboriosidad, tesón en el estudio, ansia de conocer». Pero estos halagos no eran gratuitos ni incondicionales. Que Cataluña fuese una región distinta al resto de España, con una cultura superior, no era óbice, según él, para que, de vez en cuando, sus propagandistas se pasaran de frenada a la hora de exagerar el valor de lo propio y menospreciar lo foráneo. Lo explicaba con un tono mesurado, pero con rotundidad y un toque magistral de ironía:

Cataluña, es cierto, es un pueblo aparte; nada tiene de común con las demás regiones españolas, ni historia, ni lengua, ni literatura, ni costumbres. Es una nación independiente, moralmente independiente, posee tradiciones propias, industria, arte, espíritu privativo. Pero todo esto no es razón para que se niegue lo de fuera y se llegue hasta caer en apologías y paralelos verdaderamente ridículos.

Sobre la mesa tengo un periódico barcelonés, Lo Regionalista.

Lo Regionalista hace la crítica del libro Lluhernas, de Marinel·lo, y llama a Apeles Mestres «el Tényson catalán». Conforme con que a Mestres se le compare con el poeta inglés, y no sólo que se le compare, sino que se le ponga por encima. Apeles Mestres es un cabal artista, y el crítico de Lo Regionalista tiene razón. Pero siguen las comparaciones, y llama a Guimerá nada menos que «lo Shakespeare contemporani»...

Como estas cosas se escriben muchas en Barcelona. ¿Cree Pérez Forba que esto es serio? (Azorín, 1972: 150-151).

Dos años más tarde volvió sobre la dicotomía Cataluña-Castilla en un artículo más matizado en el que empleaba una metáfora –la contraposición entre «hidalgos y ginoveses»– para referirse a la distinta naturaleza de castellanos y catalanes. Señalaba Martínez Ruiz en 1900 que Cataluña jamás iba a entender a Castilla, porque la mentalidad excesivamente pragmática y comercial de la burguesía catalana le impedía comprender el espíritu castellano, que era fundamentalmente artístico y despreocupado: «Frente a Cataluña burguesa, regateadora del céntimo, sórdida, sin ideales, sin robustas tradiciones artísticas, está Castilla, pobre, dadivosa, soñadora, artística; frente al noble descuidado, el mercader cuidadoso; frente al hidalgo desprendido, el ginovés que lo explota y vilipendia» (Azorín, 1972: 181-182).

Durante los primeros años del siglo xx, que fueron cruciales para él, pero también complicados, porque coincidieron con el período de su definitiva instalación en Madrid y de su consolidación como periodista, el tema catalán no fue prioritario en sus columnas, pero ni desapareció, ni se aminoró su interés por él. La prueba es que el 30 de marzo de 1906, el diario *ABC*, que lo había incorporado un año antes como uno de sus «fichajes estrella», petición expresa del fundador, Torcuato Luca de Tena, publicó una nota informativa –«Azorín, en Barcelona»– en la que anunciaba que había enviado al periodista monovero a la capital catalana como enviado especial, con una misión concreta: «oír el pensamiento de las personas más salientes de Cataluña» y «recoger el estado de opinión de todas las clases sociales acerca de la cuestión catalana» (*ABC*, 30-III-1906). Entre el 31 de marzo y el 21 de abril de 1906, Azorín publicó en *ABC* una serie de crónicas, bajo en el título genérico «En Barcelona», donde, además de contar su llegada e instalación en la ciudad condal, reunió sus entrevistas personales con prohombres de la cultura catalana, cuyos nombres merece la pena citar. El abo-

gado Jaume Carner; los periodistas Miquel dels Sants Oliver, Josep Roca i Roca, Eusebi Corominas y Emili Junoy; los arquitectos Josep Puig i Cadafalch i Lluís Domènech i Montaner; y los políticos Alejandro Lerroux y Enric Prat de la Riba.

Una nómina imponente, formada por personas con sensibilidades y militancias distintas, más o menos próximas al catalanismo, que demuestran que Azorín se tomó muy en serio el cometido, pues en todos los artículos de la serie se percibe que el entrevistador conocía bien a los entrevistados y sabía situar sus opiniones dentro del contexto político y social del momento. Por su parte, las respuestas de esos catalanes ilustres ejemplificaban que había una diferencia notable entre los jóvenes intelectuales de la generación del 98, preocupados por los males de patria, pero desorganizados como grupo y sin un proyecto político propio, y sus homólogos catalanes, cuya preocupación por el país sí se traducía en una política concreta, desarrollada desde las instituciones. Como ha señalado Santos Juliá, los intelectuales catalanes de principios del siglo xx no fueron «meros ideólogos», ni se limitaron a acciones aisladas de protesta, sino que buscaron la movilización social a través de su propio ejemplo: «lo que escriben si son literatos, las casa o palacios que construyen, o las iglesias y monasterios que reforman, si son arquitectos, los pleitos que defienden si son abogados, están relacionados con lo que pretenden hacer en orden a la recuperación de la nación catalana desde las instituciones que administran y dirigen» (Juliá, 2002: 89).

Tras diez años de relativo silencio, Cataluña reapareció con mucha fuerza en la obra periodística de Azorín en 1916. Fue el año en que la Lliga Regionalista (partido político de ideología conservadora y catalanista, dirigido durante buena parte de su historia por Francesc Cambó) publicó el manifiesto «Per Catalunya i l'Espanya gran», redactado por Enric Prat de la Riba y firmado por los diputados y senadores del partido. La publicación de ese manifiesto, en el que se denunciaba la poca sensibilidad de Madrid con la personalidad propia de Cataluña y el nulo peso de los políticos catalanes en el gobierno de España, supuso el inicio de un proceso reivindicativo que desembocaría en la campaña de los años 1918 y 1919, en favor de la concesión, por parte del Parlamento Español, de un Estatuto de Autonomía para Cataluña. Como intelectual y como político (ese mismo año fue elegido, por tercera vez, diputado del Partido Conservador), Azorín quiso terciar en el debate y, entre 1916 y 1917, publicó varios artículos de prensa en los que argumentó su posición sobre el tema, siempre de forma pondera-

da, pero sin escatimar en ningún momento sus opiniones, aunque fuesen incómodas para las dos partes implicadas.

El 6 de junio de 1916 publicó un artículo en *La Vanguardia* en el que, empleando la fórmula del diálogo ficticio entre dos personajes inventados, atribuía a uno de ellos la premisa de la que, según él, debían partir los políticos catalanes a los que en el Congreso se les gritaba «¡viva España!», con una clara intención provocadora: «es preciso que Cataluña sepa que una cosa son esos gritadores de profesión y otra el resto de los españoles. El resto de los españoles siente, como Cataluña, ansias de ser libertada de una tiránica y grotesca oligarquía» (Azorín, *La Vanguardia*, 6-VI-1916). Dos días más tarde, en su columna casi diaria en *ABC*, repetía la misma idea: «no confunda Cataluña una grey de discursadores profesionales con el resto de los españoles. El resto de los españoles está ansioso de las mismas reivindicaciones, del mismo resurgimiento, de la misma vida nueva que Cataluña». Además, censuraba a los políticos españoles que acusaran a sus colegas catalanes de ser antipatriotas, por separatistas, porque, según él, no había nada más antipatriota que ser un corrupto y, de eso, de chanchullos y engaños al pueblo, los diputados en Cortes eran quienes más sabían: «hay un separatismo más terrible y destructor que este [se refiere al catalán, aunque Azorín negaba su existencia]: el separatismo callado, lento, permanente, difuso, de aquellos que, siendo los directores de la nación, hacen con sus corruptelas, su falacia, su indelicadeza, sus torpes manejos, sus engaños, su infecunda charla, que la masa de ciudadanos, desesperanzados, vaya sintiendo una profunda tristeza al pensar en su patria» (Azorín, *ABC*, 8-VI-1916).

Tres días después, en otro artículo de *ABC*, explicitaba por primera vez su teoría sobre cuál era la única vía posible para solucionar el conflicto entre Cataluña y España. A su juicio, los diputados catalanes tenían razón en la mayoría de sus reivindicaciones, sobre todo en lo relativo al desastroso funcionamiento de un Estado carcomido por la corrupción e incapaz de cualquier reforma. Ahora bien, lo que pedía a los diputados catalanes era que formaran un grupo parlamentario propio y cohesionado, no para exigir la autonomía, sino, al contrario, para que fuese ese grupo catalán, por estar más capacitado que el resto, el que liderara la transformación que España tanto necesitaba: «ese grupo de diputados independientes, actuando todos los días, en todos los momentos, perseverantemente, incansablemente, en el Congreso, bastaría para renovar y transformar de arriba abajo la política española. «¡Qué fuerza tan enorme representarían esos diputados

en la vida de España! ¡Y cómo ellos decidirían en la formación, desenvolvimiento y muerte de los Gobiernos!» (Azorín, *ABC*, 11-VI-1916). Dos días después volvía a la carga con la misma idea, en este caso desde *La Vanguardia*: «¡Que los diputados catalanes permanezcan incommovibles en sus escaños y que ejerzan en todos los momentos la verdadera función parlamentaria de fiscalización! Con eso bastaría». E insistía en su idea de que las críticas que hacían los políticos catalanes al corrupto tinglado de la Restauración canovista eran las mismas que hacía cualquier español mínimamente sensato y honesto: «en toda España se piensa como Cambó piensa; es decir, que todo el mundo en provincias está tan fastidiado y ahído de la farsa que se desenvuelve en Madrid, como lo están los catalanes y como los estamos los que en el mismo Madrid vivimos. Y lo hemos dicho así millones de veces» (Azorín, *La Vanguardia*, 13-VI-1916).

Y así siguió durante varios días. El 15 de junio de 1916, en su columna de *ABC*, apelaba a los representantes catalanes, tanto en el Congreso, como en el Senado, para que tomasen la iniciativa y liderasen la tarea de regenerar a España de la corrupción que la carcomía: «¿Hasta cuándo va a durar este estado de cosas? ¿Adoptarán los representantes de Cataluña la actitud enérgica, decidida, que a estas horas espera ya toda España?». E insistía una vez más en algo que siempre le preocupó: dejar claro que el enfrentamiento entre Cataluña y España era una entelequia, interesadamente fabricada por unos pocos, pero en absoluto compartida por el conjunto de la población española: «Esa oposición que se trata de crear entre Cataluña y el resto de España ve España entera que es un artificio de los políticos anticatalanes. Toda España repite y corrobora la crítica que los diputados catalanes hacen de los vicios y corruptelas tradicionales. Y toda España, como Cataluña, con la misma ansia, con la misma vehemencia, desea que sean destruidos los viejos y carcomidos armatostes de nuestra política» (Azorín, *ABC*, 15-VI-1916). Pocos días después, también en *ABC*, apostaba por una regeneración del país que debía partir de Cataluña y contar, eso sí, con el apoyo de aquellos diputados e intelectuales no catalanes que pudiesen sumarse a la iniciativa. Además, trasladaba la responsabilidad a los diputados catalanes y les lanzaba una advertencia: si se enrocaban en su egoísmo, el tiempo iba a jugar en contra, pues terminarían perdiendo la batalla del discurso y, con él, la última esperanza de cambiar el *statu quo*. Lo que había que intentar por todos los medios era una ruptura entre las partes que ya fuese irreversible:

Don Francisco Cambó, en unas Cortes que no son constituyentes, ha podido plantear, sin obstáculos, un problema de constitución del Estado. Pero no lisonjemos a Cataluña. No se debe a las reiteradas campañas de los parlamentarios catalanes este resultado. Se debe a un núcleo de escritores independientes que en Madrid se desenvuelve hace años y que, siendo hondamente español, desea la renovación de España. Y este grupo de pensadores, de poetas, de publicistas es el que encarna las mismas ideas, en cuanto a la crítica del Estado, que sustentan los catalanistas. Los momentos son de suma gravedad para los parlamentarios catalanistas. Que diputados y senadores lo mediten bien. No nos cansaremos de repetirlo. Si en esta hora crítica para España, los catalanistas vuelven a Cataluña después de haberse limitado a sus reivindicaciones, los simbolizadores del patriotismo caduco habrán triunfado. Gentes de buena fe se unirán por toda España a ellos espiritualmente. «Ya veis si teníamos razón!», dirán guiñando maliciosamente el ojo esos representantes del picarismo político. Y entre Cataluña y el resto de España, en esta hora solemne y angustiosa, se habrá abierto definitivamente un abismo: Cataluña, ahora, como antes, atenta exclusivamente a sus propios intereses; el resto de España, hostil a quien pudiendo por su superior cultura, por su nuevo sentido de la vida, salvarle, salvarle en estos instantes terribles, no lo hace y prefiere dejarlo en su marasmo y entregado a logreros y concupiscentes declamadores (Azorín, ABC, 21-VI-1916).

Que Azorín se volcara en esta campaña y pusiera su pluma al servicio de la causa catalana, apoyando la necesidad de una mayor autonomía y capacidad de decisión para los políticos catalanes en Madrid, no nos debe llevar a engaño. Una cosa era defender las bondades del regionalismo y otra, muy distinta, transigir con un nacionalismo catalán cuyos planteamientos maximalistas no compartía, como no es difícil de imaginar. Lo dejó claro cuando, en mayo de 1917, llegó a sus manos una monografía recién publicada. Se titulaba *El nacionalismo catalán* y la firmaba el periodista y político Antoni Rovira i Virgili. En la reseña que le dedicó en ABC, en la que demostraba haber leído la obra con interés, el alicantino se expresaba en estos términos a la hora de explicar por qué motivos se posicionaba en contra del nacionalismo, cuyas virtudes ensalzaba Rovira i Virgili: «En dos palabras lo diremos: hagan lo que hagan los nacionalistas, no podrán nunca convencernos de que su tesis es liberal, humana y progresiva. No; frente a la afirmación terminante, dogmática de una nacionalidad,

y frente a su fomento y corroboración por todos los medios (política, literatura, filología, etcétera), está el ensanchamiento de la sociedad humana, el borrar las fronteras, el acabar con los antagonismos, que dividen a los pueblos, el formar de toda la humanidad una gran familia» (Azorín, *ABC*, 1-V-1917).

A medida que las demandas del catalanismo se hicieron más intensas, en el contenido y en la forma, la actitud de Azorín también se hizo fuerte en su rechazo a una postura que, según él, suponía un retroceso para la convivencia del país. En febrero de 1919 publicó una columna cuyo título, «El despedazamiento de España», no podía ser más elocuente. En ella cargaba contra lo que él consideraba que era una alianza antinatural, alimentada por diputados de izquierdas, republicanos y socialistas, que, «del brazo de extremados derechistas», pedían la autonomía de las regiones españolas, «en especial de una determinada región española», que ni siquiera se atrevía a nombrar. No entendía que políticos supuestamente revolucionarios e internacionalistas apoyaran lo que, para él, significaba el levantamiento de una frontera. Y, como amante de la historia que era, aprovechaba la ocasión para advertir sobre el peligro de la fragmentación territorial, aludiendo con ironía al contexto europeo y al desastre de la, por entonces, recién terminada Primera Guerra Mundial: «Si los planes de los políticos españoles se realizan, Europa, que tantas cosas estupendas ha contemplado en estos últimos años, contemplará una más: el espectáculo de los hombres más eminentes de un país haciendo pedazos, cincuenta mil pedazos, metódicamente, reflexivamente, escrupulosamente, el mapa de una nación» (Azorín, *ABC*, 6-II-1919).

Tras unos años de silencio, en 1924 volvemos a encontrar el nombre de Azorín ligado a Cataluña. En marzo de ese año, el alicantino fue uno de los intelectuales españoles que firmaron el famoso manifiesto redactado por Pedro Sainz Rodríguez con el título de «Mensaje de elogio y defensa de la lengua catalana» y presentado al Directorio militar de Primo de Rivera. Al adherirse a aquel manifiesto, Azorín mostraba, una vez más, su compromiso en la defensa de la catalana como una cultura con entidad y lengua propia. Meses después, el 26 de octubre, el pleno de la Real Academia Española de la Lengua se reunió en sesión extraordinaria para su toma de posesión como académico. En su discurso de ingreso en la RAE, titulado *Una hora de España (entre 1560 y 1590)*, recreó un período histórico, la España de Felipe II, y tuvo un recuerdo para la Cataluña de la Edad Moderna, que él identificaba con lo mediterráneo: «Cataluña, tu nombre representa para España la vida, el tumulto,

el movimiento, el fervor del mundo durante muchos siglos. En el siglo xvi, ya la vida marcha por otros caminos. Pero la armonía, la eurtmia maravillosa de la Grecia antigua, que desde Grecia han venido hasta aquí, serán imperecederas. Cataluña es Valencia, y es Alicante, y es Mallorca» (Azorín, 1998: 1556).

Con la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, la cuestión catalana reapareció en la agenda política nacional. Azorín, que pocos meses antes de proclamarse la República había abandonado el monárquico diario *ABC* y había fichado por *El Sol*, mantuvo desde el primer momento una postura favorable a la instauración de un régimen republicano que él defendió durante varios años hasta que, como otros intelectuales españoles, terminó desencantándose con la forma de actuar de algunos de sus políticos. De hecho, al desaparecer *El Sol*, se embarcó, junto con otros colaboradores, en las siguientes empresas periodísticas de Nicolás María de Urgoiti: los diarios republicanos *Crisol* y su sucesor, *Luz*. Precisamente en *Crisol* publicó uno de sus artículos más conocidos sobre Cataluña. En el texto, titulado «En su integridad» y publicado el 19 de agosto de 1931, se atrevió a decir, sin tapujos, que Cataluña tenía una «vitalidad propia» y que, justamente por eso, «es una nación». Tras hacer un repaso a algunos episodios de la historia catalana, que conocía bastante bien, concluía su artículo argumentando que, según él, el gobierno de la República debía ser generoso con los catalanes y concederles la autonomía que reclamaban, sin regatearles nada, porque nada se podía regatear a quienes tanto habían hecho por el resto de España:

Una historia de siete o más siglos; en esa historia, cuatro centurias de inquietud. De inquietud para Cataluña y de preocupación para el resto de España. No ha habido sosiego ni para Cataluña ni para el resto de España en ese largo período. Se ha hecho todo lo que se ha podido, por parte de Cataluña y por parte de España, para evitar la inquietud de unos y la preocupación de otros, y no se ha podido. No se ha podido en cuatro siglos y no se podría en otros cuatro. Ya es hora de que la inquietud y la preocupación terminen. Cataluña tiene derecho a vivir su vida. El resto de España debe, sin más dilación, hacer que Cataluña viva su vida. ¡Que acabe la fiebre de cuatro siglos! Todo debe hacerse con elegancia y pulcritud. Vamos a ver si esta Cámara, en que hay quienes quieren hacer el jabalí y lo que hacen es otra cosa; si esta Cámara, en que los jóvenes se muestran tan ufanos de su juventud, flor de un día, y en que los viejos no saben expresar en qué la edad provecita rivaliza con la moza y aun la vence; si esta Cámara sabe colocarse a la altura de

lo que la realidad reclama en este momento histórico para España y para Cataluña. La voz de un transeúnte, que no tiene voto, simple voz de la calle, es la de que a Cataluña debe dársele todo lo que pide en su integridad. En su integridad y sin regateos. Todo y en el acto. Con pulcritud y elegancia. Y así terminará cordialmente el desasosiego de cuatrocientos años (Azorín, Crisol, 19-VIII-1931).

Un par de semana después, y en coherencia con el que había sido su discurso desde el principio, publicó un extenso artículo, «Palabras a Cataluña», en el que se dirigía directamente tanto a sus lectores españoles, como a los políticos catalanes. A los primeros les insistía en que la autonomía de Cataluña era algo deseable, merecido e inevitable. A los segundos les recordaba que, si finalmente se lograba el objetivo, debían ser magnánimos y no apropiarse en exclusiva del logro, sino admitir que, igual que la llegada de la República había sido la culminación de un esfuerzo colectivo, el hipotético Estatuto de Autonomía de Cataluña era, también, el resultado del trabajo de mucha gente, incluidos los periódicos republicanos y sus fundadores (no citaba ninguno en concreto, pero es obvio que pensaba en *Crisol*, su diario en ese momento, y en su fundador, Nicolás María de Urgoiti, que ya había fundado *El Sol* en 1917), cuya aportación, según él, había que ponderar en su justa medida. Merece la pena reproducir un fragmento del artículo para comprobar la maestría con la que Azorín argumentaba su postura, contraponiendo lo que había de racionalidad y lo que había de emotividad en la reivindicación catalana, para apelar a la empatía de sus lectores y convencerles de que aquello que pedía Cataluña era algo justo, que en nada iba a perjudicar al resto de España. Casi noventa años después, sus palabras cobran hoy una inusitada actualidad:

La cuestión de Cataluña es una cuestión de razonamientos y de sentimientos; una cuestión científica y una cuestión sentimental. Hace mucho que las razones han pasado, en el problema de Cataluña, a segundo lugar. El sentimiento lo domina ahora todo. Y cuando el sentimiento se ha infiltrado en una masa nacional, podréis hacer todo lo que queráis para combatirlo o paliarlo, pero no conseguiréis nada. Sería preciso para acabar con el sentimiento, acabar con los moradores de la nación y arrasar todas sus ciudades. Contra el sentimiento, en las colectividades y en los individuos, no es posible luchar. Cataluña –si las flaquezas de los parlamentarios reunidos en Madrid, en los que no tenemos ninguna confianza, no se atraviesan– va a tener su plena soberanía. Y si esas flaquezas de los parlamentarios

se opusieran, la atendería también; la presentación en la asamblea del memorial catalán debe ser considerada como un mero trámite de cortesía, y nada más. Y ya que vais a ser libres, catalanes, queridos, amigos, procurad serlo con dignidad. No os ufanéis los dirigentes, con petulancia infantil, de haber traído vosotros la libertad y la República; una larga cadena de generaciones ha trabajado por traer lo que ahora adviene; es todo el pueblo catalán, y no vosotros solos, el que habrá traído la República; habrán sido todos los intelectuales de Cataluña los que, operando sobre la masa, a lo largo del tiempo, la han ido saturando de la idea de libertad. Si algún gran periódico, en los últimos tiempos de servidumbre, realizó el esfuerzo decisivo para que la República viniese, no olvidéis, por lo menos, de dar representación en vuestra asamblea al fundador y al director de ese diario; lo contrario sería tanto como una negrísima ingratitud, una indignidad solemne (Azorín, Crisol: 2-IX-1931).

El 4 de agosto de 1932, con el anteproyecto del Estatuto de Autonomía de Cataluña (conocido como Estatuto de Nuria, por haber sido redactado en esta localidad catalana de la comarca gerundense del Ripollés) ya tramitado por la Generalitat y ratificado en referéndum, pero todavía pendiente de ser aprobado por las Cortes (cosa que sucedió el 9 de septiembre), Azorín decía en el periódico *Luz* que las regiones españolas «que tengan vitalidad para serlo, deben ser autónomas». Además, añadía que la autonomía debía ir acompañada de un reconocimiento a la lengua catalana y de la creación de una universidad propia, como instrumento necesario para potenciar el desarrollo de la cultura catalana. Aunque unos años antes había reprochado a los diputados socialistas que se aliaran con la derecha española para defender el nacionalismo catalán, ahora rectificaba su postura y admitía que el internacionalismo no estaba reñido con la defensa de las autonomías: «lo que con las autonomías fomentamos es precisamente el internacionalismo. Internacionalismo que es, en su esencia, diversidad y comprensión de la diversidad. Internacionalismo que abarca la variedad en lenguas y en sistemas de todas las manifestaciones del pensamiento nacional» (Azorín, *Luz*: 4-IX-1932). Para él, una cosa era el catalanismo que exigía la independencia o la separación entre Cataluña y España, cosa a la que se oponía frontalmente; y otra, distinta, era el regionalismo o soberanismo catalán que pretendía vivir autónomamente, cosa que él no sólo aceptaba, sino que defendía una y otra vez.

En 1935, el periodista y político Francisco Gómez-Hidalgo, diputado de Unión Republicana en las Cortes de la República,

publicó un libro titulado *Cataluña-Companys*, cuyo prólogo firmó Azorín. En él explicó a los lectores que, antes de redactarlo, había ido a visitar al expresidente de la Generalitat de Cataluña, Lluís Companys. Lo había hecho en la cárcel Modelo de Madrid, donde Companys y el resto de su gobierno habían sido trasladados para ser juzgados por el Tribunal de Garantías Constitucionales de la República, acusados de haber proclamado el Estado Catalán dentro de la República Federal Española, el 6 de octubre de 1934. Aquel prólogo era un ataque al centralismo español y una defensa de la plurinacionalidad del país: «España es varia y múltiple. Dentro del área ibérica alientan diversas nacionalidades. Las constriñe en su espontaneidad una estructuración violenta y secular. España tenía antes de la unificación forzada, una espontaneidad que fue reprimida» (Azorín, 1935: 8). Ese proceso de uniformización que, según él, empezó con el matrimonio de los Reyes Católicos, había pretendido eliminar la diversidad del pueblo español, pero no lo había conseguido, pues esta había subsistido de forma soterrada. El caso de Companys, en particular, y de Cataluña, en general, demostraba la existencia en el país de una absoluta falta de sensibilidad para con las culturas distintas a la hegemónica, que era la castellana. Ese mismo año, en un artículo publicado en el diario *Ahora*, volvió a la carga para defender, por enésima vez, que la autonomía de Cataluña podía ser beneficiosa para todos, porque se había demostrado que la unificación impuesta por la monarquía hispánica no había funcionado. Los distintos pueblos españoles habían perdido su carácter propio y la autonomía era una herramienta ideal para recuperarlo:

*¿Por qué España no ha de recobrar la libertad de movimientos de que gozaba antes de la unificación operada por Isabel y Fernando? La unificación es infecunda. Con la unificación desaparece la espontaneidad en el pueblo. De esa unificación bárbara ha nacido la realidad de la leyenda negra. Leyenda que no es leyenda, sino materia auténtica. Tan auténtica en los tiempos pasados como en los presentes. Auténtica en Jerez y en Barcelona, en 1892 y en 1896, como en Cuba y Filipinas, con motivo de las guerras coloniales. [...] Los pueblos de España no recobraron su fecunda espontaneidad. En el silencio de la casa catalana, en el campo, pensamos en Cataluña y en Castilla. La azada castellana y la azada mediterránea; son distintas; pero todo es trabajo. El trabajo alienta sus reivindicaciones profundas, que habrá que realizar. Camino para lograrlo es la autonomía de los pueblos de España (Azorín, *Ahora*: 9-V-1935).*

Como sabemos ahora, ese camino de las autonomías terminó de forma abrupta y violenta, como la propia República, cuando la victoria del bando sublevado en la Guerra Civil dio inicio a la dictadura de Francisco Franco. Lo que no desapareció jamás fue el amor que sintió Azorín por Cataluña y el cariño que profesó a sus gentes. La última prueba de ello nos la dio en fecha tan tardía como el 1966, apenas un año antes de morir, cuando el alcalde franquista de Barcelona, José María de Porcioles, hizo una visita oficial al ayuntamiento de Madrid y fue obsequiado por su homólogo, Carlos Arias, con una edición especial de *Madrid*, el emotivo libro de memorias en el que Azorín había contado sus primeros años en la capital de España, donde había llegado a principios del siglo, siendo un joven aspirante a la gloria literaria. Para quedar bien con su invitado barcelonés, el alcalde madrileño pidió al ya nonagenario escritor que estampara una dedicatoria en aquel ejemplar para Porcioles, pero, en vez de personalizarla, él quiso dedicar el libro «A la capital del Principado, desde arriba, Madrid, hacia el Mediterráneo. Con toda cordialidad» (José Tarín-Iglesias, *ABC*: 3-III-1967). Palabras de amor, sencillas y tiernas, con las que Azorín se despidió –sin saberlo– de una cultura, la catalana, y de una ciudad, Barcelona, por las que siempre demostró tener no sólo un enorme respeto, sino, también, una innegable admiración.

Nota: este artículo forma parte del Proyecto de investigación «Josep Pla y el periodismo literario en Cataluña, España y Europa (1918-1981): análisis, interpretación y difusión de un espacio narrativo entre la ficción y la no-ficción» (Ref. PGC2018-101783-B-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

BIBLIOGRAFIA

- «Azorín, en Barcelona», *ABC*, 30-III-1906.
- Azorín, «Si Cataluña quisiera...», *La Vanguardia*, 6-VI-1916.
- . «La cuestión catalana», *ABC*, 8-VI-1916.
- . «El patriotismo», *ABC*, 11-VI-1916.
- . «El único medio», *La Vanguardia*, 13-VI-1916.
- . «El deseo de todos», *ABC*, 15-VI-1916.
- . «La verdad a los catalanistas», *ABC*, 21-VI-1916.
- . «España: el nacionalismo», *ABC*, 1-V-1917.
- . «El despedazamiento de España», *ABC*, 6-II-1919.
- . «En su integridad», *Crisol*, 19-VIII-1931.
- . «Palabras a Cataluña», *Crisol*, 2-IX-1931.
- . «Autonomías», *Luz*, 4-VIII-1932.
- . «Todo un pueblo», *Ahora*, 9-V-1935.
- . «Prólogo», en F. Gómez-Hidalgo, *Cataluña-Companys*, Madrid, Librería Enrique Prieto, 1935.
- . *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz*, Estudio, notas y comentarios de texto de José María Valverde, Madrid, Narcea, 1972.
- . *Una hora de España (entre 1560 y 1590)*, en «Obras escogidas», vol. II, coordinadas por Miguel Ángel Lozano Marco, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- Juliá, Santos, «Despertar a la nación dormida: intelectuales catalanes como artífices de la identidad nacional», *Historia y política*, n. 8, 2002, p. 89.
- Tarín-Iglesias, José, «La postrer dedicatoria azoriniana a Barcelona», *ABC*, 3-III-1967.